

# PONENCIA: Ética empresarial y globalización

Enterprise ethics and globalización

Javier Sádaba

## I

La ética de la empresa tiene sus orígenes en los años setenta en los EEUU. En España hubo que esperar hasta mediados de los años noventa para que se empezara a hablar de dicha ética. Se trata de lo que suele entenderse por “ética aplicada”. Éticas aplicadas hay muchas, por ejemplo, la de los animales, la de la publicidad y la más desarrollada de todas, la bioética. Y consiste en aplicar la reflexión ética o moral a un fenómeno que, por su novedad o extraordinaria importancia, requiere una especial focalización moral. Hemos hablado de la bioética. La clonación reproductiva, *v. g.*, que tuvo su sonado comienzo con la oveja Dolly, planteaba problemas hasta el momento inéditos. De ahí que la ética tuviera que revolverse sobre ella misma y estirarse para poder decir su palabra ante un hecho que puede modificar, radicalmente, la existencia humana. La ética empresarial o de los negocios (e, incluso, de las organizaciones), y que los anglosajones bautizaron como *Bussines Ethics*, es un caso similar. La empresa configura, nos dicen, el centro de las relaciones sociales en un mundo globalizado y poscapitalista. La empresa, en concreto, no se reduce a los directivos, los accionistas y los empresarios. Extiende, además, sus tentáculos hasta alcanzar a toda la sociedad. Sumemos a ello que en la era del acceso, por tomar prestadas estas palabras a Rifkin, o de la información y en la que la red es la tela de araña que chupa el resto de la actividad, la empresa se ha convertido en los capilares por los que fluye muchas cosas; fluye el dinero financiero, la producción, las inversiones, las localizaciones y deslocalizaciones, la incitación al consumo y todo un conjunto de actividades que dan el tono a nuestra sociedad. No olvidemos que dicha sociedad está hecha con la horma

---

1. Palabra que, según Vidal Beneyto, se silencia como si fuera tabú pronunciarla.

del capitalismo<sup>2</sup> triunfante. De ahí que el espíritu emprendedor, la creación de grandes o pequeñas organizaciones, la valoración del éxito económico como marca del éxito humano y la interacción de la vida económica con la política sean características indudables de nuestra época. Es en este contexto en el que se ha introducido el ya famoso RSE (responsabilidad social de la empresa) o RSC (responsabilidad social corporativa). Y proliferan como hongos estudiosos, publicaciones, encuentros y discusiones al respecto. La empresa no sólo tendría que mejorar su código interno deontológico sino que su responsabilidad, como indicamos, se extendería sobre todo el tejido social. La ética de la empresa, en suma, consistiría, dicho brevemente, en no centrarse de modo exclusivo en el beneficio y en las ganancias sino en una conducta moral y responsable respecto a lo que ofrece en el competitivo marco del mercado. Ahora bien, esta actitud entraría en contradicción, en principio, con una tradición que ha visto la economía y la ética como dos mundos opuestos e incluso irreconciliables. Porque el concepto de beneficio tiene una larga historia de desprestigio. Comienza, como enseguida ampliaremos, con Aristóteles, para quien el dinero, al ser algo convencional, le parece que es ocasión para la avaricia. Con el cristianismo sucede algo parecido. La usura es condenada como opuesta a la justicia y a la caridad. Todavía en la obra de Shakespeare, "El mercader de Venecia", podemos contemplar esta idea de ganancia como algo inmoral. Y en el marxismo, a pesar de las matizaciones del mismo Marx, el capitalista aparecerá como un rufián cuyo único objetivo es el lucro y la ganancia sin escrúpulos. Para rematar esta concepción de la economía, y en su concreción empresarial, un artículo de Milton Friedman de los años setenta, y desde la otra orilla, proclamará a bombo y platillo que la única responsabilidad de la empresa es ganar más y que extender la responsabilidad empresarial a la sociedad es una intromisión injustificada. La ética y la economía, en consecuencia, habrían caminado por separado en un largo periodo de nuestra historia. La ética y la economía se reconciliarían, sin embargo, al menos es ésa su intención, en la nueva ética empresarial.

Lo expuesto es una sucinta descripción de lo que es la ética de la empresa en nuestros días, con algunos apuntes de los distintos momentos que llevan hasta la actualidad. Es evidente que un análisis más cerrado de lo que es la economía en su versión empresarial requeriría un detenimiento mayor. Y unos

---

2. *El lenguaje y el dinero son los dos grandes intercambios simbólicos con los que contamos.*

conocimientos que exigen ser expertos en no pocos campos; especialmente cuando la globalización o mundialización es un hecho innegable que trastoca muchos de los esquemas más usados hasta el momento. Por poner algún ejemplo: Introducirse de manera exigente en la ética de la empresa no sólo exigiría saber de ciencia (a la altura que se quisiera colocar esta ciencia) económica y de las organizaciones. Exigiría estar al tanto de lo que fue el Sistema Breton Woods de 1944, el Banco Mundial y el Fondo Económico Internacional, los Informes del Club de Roma o de PNUD, etc. Y saber cuáles son las propuestas del Gatt y del Foro de Davos, por un lado, y del Foro Social y los Movimientos de Antiglobalización Capitalista, por otro. Quede simplemente señalado. Por nuestra parte y sin entrar en más detalles de los que consideramos imprescindibles para ofrecer un juicio moral sobre el tema, vamos a proceder de la siguiente manera. En primer lugar, haremos un recorrido, no muy largo, que nos coloque en la ética de la empresa, teniendo en cuenta los pasos que la han precedido. En segundo lugar, expondremos lo que es una (políticamente) moderada concepción de la ética de la empresa. La llamamos "moderada" porque no pasa de reafirmarse en una "socialdemocracia moderada" y porque no pone en cuestión el sistema en el que se basa la empresa que nos ha tocado vivir sino que aspira, como mucho, a su reforma. Más aún, y más adelante lo indicaremos, utiliza la noción de "inversión ética", según la cual la ética no sólo pondría límites a la empresa sino que la ofrecería la posibilidad de mayores ganancias. Y, en tercer lugar, criticaremos, desde una postura que podríamos llamar radical (e incluso utópica), la actitud que acabamos de exponer. Al final y como es obvio, comprometeremos nuestro juicio. Pasemos ya a la breve historia a la que hemos hecho referencia.

## II

La economía (y aunque no todos estén de acuerdo en este punto, como, por ejemplo, Polanyi) nace con Aristóteles. El mismo Marx lo ensalzó por haber sido el primero en distinguir entre valor de uso y valor de cambio. Aristóteles es el primero, al menos en el mundo occidental, que descubre el papel esencial del dinero como medida que posibilita los intercambios comerciales<sup>3</sup>. En su "Ética" y en su "Política" hará una distinción fundamental entre economía y crematística. La primera se ocupa de satisfacer las necesidades de la casa en cuanto que habrá de proveer todo aquello que sea necesario para la supervivencia<sup>4</sup>. La segunda, y

---

3. Recordemos de paso que el comercio empezó en Mesopotamia en el Neolítico como resultado de los excedentes agrícolas de un pueblo sedentario y que produjo la revolución de las ciudades.

por medio del dinero, se ocupa de ganancias que podrían llegar a ser ilimitadas. Aristóteles está de acuerdo, como algo natural y normal, con la economía. Pero desconfía de la crematística (que, en realidad, será lo que hoy entendemos por economía) puesto que no sólo utiliza el dinero, que sería convencional y no natural, sino que, al poder procurar ganancias ilimitadas, trastocará el recto funcionamiento de la ciudad. La escolástica, tal y como antes indicamos, continuará con este modo de juzgar el dinero. Todavía podemos encontrar viejos manuales de ética o de religión en los que se juzga usura, por ejemplo, prestar a más del ocho por ciento. Después vendrá, avanzando en el tiempo, lo que recibe el nombre de "mercantilismo". Corresponde a la época medieval en la que es el rey quien centraliza el comercio, los recursos y los impuestos. Pero comienzan a nacer no sólo los gremios sino una fuerte y pujante burguesía. En un paso decisivo, y entrando de lleno en la modernidad con la revolución científica, tecnológica e industrial que le es propia, nos encontramos con lo que será un vuelco respecto a lo que había ocurrido hasta el momento. Sobresale en este capítulo Adam Smith, quien mantiene aún, siquiera a duras penas, unidas la ética y la economía. Otros contemporáneos suyos, sin embargo, optarán por una visión de la economía en la que pasa a un primer plano el egoísmo de cada uno de los agentes que compiten en el mercado. El egoísmo particular dará como resultado, fruto de una especie de magia ("la mano invisible" de Adam Smith, expresión, por cierto, que sólo usó una vez) a positivos resultados en el terreno público<sup>5</sup>. En realidad se supone que existe una especie de armonía natural que logrará conciliar socialmente el apetito, por desenfrenado que sea, de cada uno de los individuos en la prosecución de sus bienes. Pero, en el intento actual por recuperar a Adam Smith, se insiste en cómo éste, antes de nada, fue un profesor de moral. Por eso el libro de economía, "La riqueza de las naciones", debería ser comprendido a la luz de su otro célebre libro sobre "Los sentimientos morales". Y es que, junto a la motivación que podríamos llamar egoísta y que nos hace entrar competitivamente en el terreno de los cambios comerciales, existiría, en un nivel más profundo, la simpatía hacia nuestros semejantes. Las motivaciones, por tanto, no se reducirían a la ganancia y a la economía puras. La distinción, en suma, entre los aspectos técnicos y los morales de la actividad económica no sólo no estarían reñidos sino que se complementarían.

Como insisten algunos intérpretes de nuestros días, el desarrollo unilateral de la concepción de una economía de pura ganancia habría oscurecido este aspecto

---

4. Palabra que, según Vidal Beneyto, se silencia como si fuera tabú pronunciarla.

esencial del padre de la economía clásica y que debería ser reivindicado. Sea como sea, nuestro autor es el exponente de un momento de extraordinaria expansión en todos los campos. En efecto, el impacto de la modernidad trastocará las relaciones hasta entonces existentes, dando lugar a una nueva imagen del mundo. Una imagen que aún lanza su luz, aunque sea pequeña, sobre nosotros. Suele hablarse también de la economía neoclásica y que irá acentuando los aspectos utilitaristas, racionales, calculadores y hasta especuladores de la mentada economía clásica. La llamada “neoclásica” comienza en los años 1870. Walras es su máximo representante. Suelen recibir el nombre de “marginalistas” puesto que, siempre centrados en el concepto de utilidad, realizan un análisis exhaustivo de lo marginal de dicha utilidad. Su formalismo matemático es extraordinariamente sutil. Y esto va a ser decisivo. Más aún, es contra tal informalismo contra el que se van a revelar muchas de las voces que opinan que la economía, habiéndose desprendido de la ética como una acompañante incómoda o inútil, se cegará para comprender, de una manera adecuada, qué es el ser humano. Porque éste no se reduciría a obtener ganancias ni se agota en la obtención, previa elección racional, de útiles. La teoría, como tantas veces se ha dicho (y no sólo en el campo que nos ocupa), oscurece a veces en sus excesos los datos de la realidad, que es más compleja que lo que impone la horma teórica. De ahí que en los últimos tiempos se haya reaccionado contra la economía centrada en un agente racional egoísta, maximizador de utilidades y contra la idea de que la economía tendría que ser la orientadora, en su científica y madura concepción del mundo, de las acciones humanas. Efectivamente (y al margen de reorientaciones internas al desarrollo de la economía, como sería el keynesianismo) autores, es el caso de Amartya Sen, premio Nobel de Economía del año 1988, han sometido a una dura crítica la concepción racionalista y utilitarista dominantes en la economía capitalista. Según este autor y otros más o menos cercanos, el mundo no habría mejorado sino, más bien, empeorado con este tipo de economía y a pesar de sus predicciones optimistas. Las desigualdades sociales aumentan y si no ahí están las estadísticas que nos ponen de manifiesto cómo cada día es mayor la distancia que separa a los países pobres de los ricos. Y la llamada globalización, fenómeno en parte imparable y que, sin duda, puede crear una positiva conciencia planetaria, ha acentuado, no obstante, las desigualdades citadas. Ha roto, sin compasión, culturas bien establecidas y, por inversión, ha dado lugar a lo que algunos denominan “globalización” y que, frente a un sano cosmopolitismo, consistiría en un movimiento reactivo contra todo lo que

---

5. *El lenguaje y el dinero son los dos grandes intercambios simbólicos con los que contamos.*

no es local. La crítica de Sen insiste en que se ha olvidado que los individuos dependen de sus capacidades (edad, sexo, oportunidades por estar en uno u otro lugar de este mundo, etc.) y que lo que importa es la calidad de vida. Más aún, no es precisamente el egoísmo y la necesidad de ganancias lo que nos caracteriza sino que nuestras motivaciones son mucho más amplias. De ahí que una economía que no tenga en cuenta otros componentes morales es ciega y nos llevará al caos (un caos que no hace falta esperar, puesto que lo encontramos ya en cada esquina). La empresa, por tanto, y como pieza central de todo el sistema económico, ha de tener en cuenta lo dicho. Y ha de tener en cuenta, por ejemplo, que su actividad no es ajena al medio ambiente, al acceso o no de medicamentos u otro tipo de problemas que afectan a la humanidad. Y un aspecto final que interesa resaltar de manera especial. Estos autores afirman, además, que la inclusión en la economía de la ética es rentable. De ahí la expresión, antes aludida, que empieza a tomar cuerpo entre los que se dedican a la ética de la empresa de “inversión ética”: si los empresarios inscribieran sus actividades productivas dentro de un esquema moral como el que acabamos de exponer aumentarían incluso sus ganancias. Es éste un punto, repetimos, central sobre el que volveremos más tarde.

### III

Era necesario este recorrido histórico antes de entrar en la ética de la empresa en cuanto tal. O, mejor, en aquellos que consideran que esta ética aplicada es de interés y compete al filósofo moral dedicarse a ella. Es cierto que algunos de los que se trabajan en dicha ética aplicada no tienen muy en cuenta la historia que, brevemente, acabamos de recorrer y se limitan a algo mucho más a ras de tierra y, por eso mismo, más acético. Su cometido suele consistir en lo siguiente. Señalan que una empresa está constituida por los directivos, por los empleados y por los accionistas. Pero que, al mismo tiempo y al estar inserta en la sociedad, ha de interactuar con ésta. De ahí su responsabilidad social. La empresa no es algo aislado. Es, más bien, una pieza productiva, al nivel que sea, que está en contacto, hacia fuera y hacia dentro, con el resto de los agentes sociales. Y que está, cómo no, en contacto también e imbricada con el mundo de la política. Desde este punto es desde donde se diseña una conducta que estaría regida por pautas morales que, a modo de engrase, hacen que funcione mejor la empresa. Se ha llegado a llamar a esta simple concepción de la ética de la empresa<sup>6</sup> “integracionismo”. Otros, sin embargo, dan un paso más. Retoman

---

6. Recordemos de paso que el comercio empezó en Mesopotamia en el Neolítico como resultado de los excedentes agrícolas de un pueblo sedentario y que produjo la revolución de las ciudades.

la historia que acabamos de ver para mostrarnos que la ética ha estado unida a la economía y que ha sido un desvarío separar la economía de la ética. Con esa separación todo valdría con tal de obtener ganancias, el mercado se considera intocable y la competencia, sin límites, es el índice de lo que un agente racional pone en práctica. Para esta segunda versión, más ilustrada, de la economía de la empresa lo importante sería saber reintegrar la vida económica en su trasfondo moral, constitutivo central de los seres humanos. No cuestionarán el capitalismo sino sus excesos. No pondrán en cuestión el mercado sino que lo considerarán uno de los medios del desarrollo humano, sólo que sujeto a limitaciones cuando las necesidades básicas de algunos sujetos estén en peligro. E introducirán una noción que, aparte de estar de moda, se piensa que es un elemento corrector de los siempre amenazantes nubarrones que trae consigo el dinero, especialmente en su imponente y variada presencia actual. Se trata del concepto de ciudadanía. No somos consumidores sino ciudadanos. No somos agentes competitivos sino ciudadanos. No somos calculadores (*pace* Harsanyi, Becker, Gauthier...) sino ciudadanos. O, lo que es lo mismo, los individuos y las empresas, en cuanto conjunto de individuos, son, antes de nada, personas implicadas en el bien común de la ciudad y en la promoción de la libertad de cada uno de sus miembros. Sólo exigiendo, participando, protestando contra el dominio o jerarquías excluyentes podríamos poner en pie una política que sea justa y respetuosa con los deseos de la gente. La empresa, en consecuencia, ha de ser, por eso, una organización no únicamente de ciudadanos sino que se inserte en la ciudad. Se notará, de manera inmediata, que esta concepción, más sofisticada y completa de la ética de la empresa, es casi una propuesta política. Y se notará que no se pone en cuestión el sistema capitalista sino que se procede, por así decirlo, desde dentro. Sus representantes son, en fin, reformistas que tratan de reconstruir un mundo mucho más rico (sólo que aquí la riqueza no es exclusivamente la del capital sino la de las capacidades y deseos de los seres humanos en libertad). Es desde aquí desde donde fluye la responsabilidad social de la empresa (RSE). No se trataría, en modo alguno, de una moda importada de Norteamérica, de una añagaza de los empresarios para lavar su cara ni de una de las muchas ocurrencias de los filósofos<sup>7</sup> para seguir en sus puestos. La responsabilidad social de la empresa hundiría sus raíces en la mejor de las tradiciones económicas y nos mostraría el rostro más bello del hacer empresarial. En este punto es decisivo el concepto de responsabilidad. Es verdad que la responsabilidad pertenece al núcleo de la ética. Y es que responsabilidad (que viene del latín *respondere*, "responder") es lo propio de todo juicio moral. Si afirmo que es lícito matar (cosa que, a no ser que me vuelva loco, no haré) estoy obligado a dar cuenta de este juicio, a responder a las objeciones que

---

7. *Mandeville es el ejemplo paradigmático.*

se me pongan; a ser, en suma, responsable. El concepto de responsabilidad, sin embargo, tal y como aquí lo usamos, da un paso más. Porque se trata de ensanchar las dimensiones de los actos, de tener muy presente que, en un mundo complejo, nuestras acciones pueden alcanzar a todos, superando las barreras de lo más inmediato. Ser responsable es saber que las consecuencias de lo que hagamos no se detienen a las puertas de la empresa sino que van mucho más allá. Por poner un ejemplo. La empresa Novartis ha entrado en conflicto con el gobierno de la India a propósito de la fabricación de medicamentos genéricos que valdrían contra el cáncer y contra el sida. De esta forma se podría atender a un buen número de necesitados que, en caso contrario y si tienen que pagar las patentes de Novartis, se verían desprotegidos ante la enfermedad. Novartis, por su parte, apela a los derechos que tiene sobre tales medicamentos para que éstos no se pongan al servicio público a precios bajos e incluso a ningún precio<sup>8</sup>. Es obvio que, bajo los criterios de la RSE, el comportamiento de la empresa farmacéutica sería rechazable, puesto que al hacer dejación de sus responsabilidades se convierte en inmoral. La empresa, en consecuencia, no se debería limitar a pagar razonablemente a sus empleados, a tener en cuenta a los consumidores e, incluso, a redactar un código deontológico que mejore las condiciones de trabajo internas<sup>9</sup>. La responsabilidad social de la empresa no se reduciría, por tanto, a compartir con el resto de la sociedad unos mínimos morales que en democracia todos hemos de tener en cuenta. Tampoco se trataría de una ética utilitarista que sólo se fija en los resultados. Por importantes que éstos sean, debería incorporar conceptos tales como respeto a todas las personas, solidaridad con los más necesitados y una visión de los humanos que tenga como consecuencia comportarse con ellos como reales sujetos y no como objetos o enemigos a los que hay que vencer. Y una cuestión adicional para acabar este apartado. Los defensores de la RSE (y ahí incluiría también a A. Sen, tan benemérito en otros aspectos) afirman no menos, y ya lo insinué antes, que una empresa con ese capital moral (es el signo de los tiempos hablar de “capital humano”, “capital social”, etc.) saldría ganando; es decir, es rentable ser moral. Con lo cual puede nacer la sospecha de que al final la moralidad predicada no era tan pura sino que acababa en manos de un (ese sí) puro utilitarismo. La sospecha se agranda cuando vemos que algunos empresarios han abrazado alborozados la RSE. Porque cuesta creer que una exigencia ética fuerte se acepte como un regalo. Más aún, hemos llegado a escuchar que directivos de ciertas empresas han comenzado a hacer una especie de apostolado para que se implante por todas partes el RSE. Y ya como última sospecha, los ámbitos

---

8. *Integración, sin más, de valores y de técnica empresarial.*

9. *Pensamos en los que, en la actualidad, están vendiendo filosofía como si fuera Prozac o una terapia de fácil consumo.*



filosóficos en los que ha nacido esta ética aplicada<sup>10</sup> suelen situarse en áreas bastante conservadoras de nuestra sociedad. Se objetará que no es así y que tales filósofos pertenecen a lo que generalmente recibe el nombre de izquierda progresista (liberales en EEUU y socialdemócratas en la UE). Eso es verdad. Pero todos sabemos el poco caudal social que lleva el río del socialismo llamado democrático y hasta qué punto suelen ser indistinguibles a la hora de gobernar los partidos conservadores de los partidos sedicentes socialistas. Es precisamente en esas sospechas y en algún argumento más en los que se apoya la postura que critica la concepción mayoritaria y dominante que se concentra alrededor del RSE. Es a ella a la que ahora pasamos.

#### IV

Esta postura que critica la ética empresarial, desde actitudes distintas y sin que exista un núcleo claro en el que se apoye, podríamos llamarla oposición radical a la ética de la empresa, tal y como ésta ha sido expuesta en lo que llevamos dicho. Y su oposición se centra, sobre todo, en la siguiente enmienda a la totalidad: en un sistema que es injusto, sus piezas o son injustas o es irrelevante lo que en ellas podamos realizar para cambiar, de arriba abajo, el supuesto sistema (económico y político, puesto que ambos van juntos) injusto. En algunos casos le sonará incluso a sarcasmo hablar de la responsabilidad social de algunas empresas. Piénsese en las que se dedican a la producción y exportación de armas y que componen una tasa elevada del negocio mundial, asociado, sin duda, con la conveniencia de que haya guerras<sup>11</sup>. Algo parecido podríamos decir de las industrias farmacéuticas que en EEUU, y según el detallado estudio de Pignarre, son las que más beneficios obtienen, muy por delante de los bancos. Dejando de lado los casos concretos y concentrándonos en la desconfianza de esta actitud respecto a la triunfante RSE, habría que distinguir entre los que se oponen porque desearían una economía centralizada según los cánones marxistas y los que, libertarios o no, piensan que, efectivamente, la corrupción del sistema no se anula con parches al modo de los vistos. Aunque no tengan una alternativa a mano se sienten insatisfechos con lo que existe y no quieren colaborar con la ocultación, la confusión o el simple interés personal. De los primeros, poco hay

---

10. *Diré entre paréntesis que la empresa Novartis ha nombrado a uno de su miembros más destacados encargado de la RSE y, todo hay que decirlo, está muy orgulloso de ese nuevo y flamante nombramiento.*

11. *Digamos, otra vez entre paréntesis, que una de las desgracias mayores en España en lo que atañe al funcionamiento de las empresas es la cantidad de accidentes laborales, el mayor índice que está teniendo lugar en Europa... la mayor parte de las víctimas, por cierto, son emigrantes.*

que decir. Y es que, nobleza obliga, parece que a la altura de nuestro tiempo debemos conceder que el socialismo real ha fracasado. Su fracaso puede ser más o menos relativo (no es lo mismo Cuba que Camboya o la antigua Albania), pero incluso sus defensores en el mundo occidental conceden que, por las causas que sean y una de ellas estribaría en lo apabullante del capitalismo en sus versiones más postmodernas, no es fácil defender una economía completamente estatalizada en la que desaparezca el libre mercado y la competencia entre los agentes socio-económicos. El caso de China es paradigmático, como sucede también en Vietnam. Su desarrollo, desde estructuras de partido único y en donde los derechos civiles son más que manguantes, se debe a haber adoptado una economía completamente capitalista. La entrada de China en la OMC y sus relaciones con el resto de los socios internacionales han sancionado una política económica que, en principio, suena a inconciliable con el marxismo clásico. Es verdad, habría que notar, que algunos filósofos (me refiero a Cohen, Romer o Elster) piensan que hay que volver al concepto de justicia marxista. Son los llamados marxistas analíticos. A decir verdad, no se diferencian mucho de los liberales igualitarios, como el citado A. Sen o R. Dworkin.

De mayor interés me parece aquella corriente, más radical, que, más o menos cercana al marxismo, cuestiona la actual teorización de la ética empresarial por considerarla un apuntalamiento, solapado o descarado, del puzzle en el que consiste el sistema capitalista. No es que tengan una clara alternativa, pero esto no sería una objeción fatal. Y es que de lo que se trata es de mostrar una insatisfacción profunda ante la situación real de este mundo, insistiendo en que, por decirlo con palabras ya consagradas, “otro mundo es posible”. De ahí que estén en contra de remiendos, por aparentemente fuertes que éstos parezcan. A lo sumo pensarán que la transformación de la empresa por medio de cooperativas u organizaciones cogestionadas podría ser una oportunidad para poner al descubierto las posibilidades de un modo de producir distinto al habitual. Y pensarán, además, que los cambios para que este mundo rompa con la injusticia que lo atenaza<sup>12</sup> pasan por la sociedad; es decir, confiando menos en las estructuras políticas y más en los cambios parciales dentro de los movimientos sociales que, como semilla, podrían a la larga modificar, desde su raíz, la gestión política. A todo ello añadirán una objeción que ya la hemos anunciado anteriormente y que ahora recogemos para cerrar el capítulo de los que se oponen a la ética empresarial por considerarla una aliada del sistema. Recordemos que incluso en los más avanzados críticos de la economía capitalista sacaba la cabeza el concepto de “inversión ética”. O, lo que es lo mismo, se sostenía que la ética, además de ser un componente insoslayable humano que va junto al altruismo, produce buenos réditos, hace que ganemos más. Es esto lo que no sería aceptable. Porque una cosa es actuar bien *interesadamente* y otra, *desinteresadamente*. En el primer caso, se ha vuelto a caer en aquel utilitarismo o consecuencialismo que, al menos en palabras, se intentaba superar. En el

segundo, se actúa según las normas que uno considera justas y las consecuencias vendrán, si vienen (por utilizar la expresión evangélica), por añadidura. La distinción no es baladí. Todo lo contrario, me parece fundamental y establece la diferencia entre una ética aparentemente altruista y otra realmente altruista. Si queremos vencer al egoísmo, hagámoslo de verdad.

Acabo ya. Comencé, en la introducción, mostrando cómo se ha ido gestando la ética empresarial hasta convertirse, en la actualidad, en una disciplina que se extiende rápidamente tanto en el plano universitario como entre los profesionales que trabajan en las muchas y variadas empresas que configuran el tejido económico. Después hemos hecho un breve repaso a los vaivenes de la economía en su relación con la ética. Era el trasfondo necesario para entender cómo ha surgido la citada ética empresarial. Y, en unión con ello, hemos visto cómo se ha instalado una concepción dominante de la ética empresarial que, incluso entre los más críticos, quiera transformarla desde dentro del sistema capitalista en su modalidad actual. Es la ética empresarial mayoritaria, reformista y, en términos europeos, socialdemócrata (en su versión más avanzada). Enfrente se situarían aquellos que sospechan (no olvidemos el *dictum* de Nietzsche y según el cual en ocasiones es más importante una sospecha que un argumento) de la citada ética empresarial, puesto que sancionaría la situación tal y como está, sin entrar en las entrañas de un mundo que requeriría una cirugía más radical. A la hora de proponer alternativas, éstas no suelen ser muy claras. Pero indicamos que este hecho no es suficiente para rechazar, como mera utopía, una crítica que pone el dedo en la llaga de los males de nuestro tiempo. No saber cómo resolver algo que está mal no implica que lo que está mal esté bien. Si me preguntaran ahora, antes de acabar, cuál es mi posición y si comprometo mi juicio en relación a lo que he expuesto hasta el momento, mi respuesta es clara. Mis simpatías se sitúan junto a estos nuevos “maestros de la sospecha”. No estoy en contra del libre mercado, pero sí de que todo se mercantilice. Ni en contra de la competencia, pero sí de que dé lugar a unas relaciones sociales que se asemejan más a una jungla que a una armonizada humanidad. Y añoro un

---

12. Además de los nuevos enfoques de ética económica tipo Ulrich, North, Homann o Steinmann que parece que sólo se recrean en mostrar lo valiosa que es la economía misma que se desborda hasta llenarnos de moral.

13. Es verdad que todo se puede dulcificar y, así, Intermón-Oxfam está proponiendo que no se envíen armas a lugares conflictivos como serían, entre otros, Sudán o el Congo o que se eliminen aquellas armas claramente devastadoras (no hace falta recordar las bacteriológicas sino que, piénsese, por ejemplo, en las bombas racimo que, a lo que parece, han utilizado los israelitas en el Líbano).

14. No es cuestión de dar cifras, pero sabemos que el veinte por ciento de la

socialismo libertario. Poco más puedo decir. O tal vez recurrir al Arcipreste de Hita. Decía el Arcipreste que lo que había escrito tenía por objetivo promover el amor a Dios, pero que si no lo conseguía, que sirviera al menos para amar a los hombres (él seguro que pensaba en las mujeres). Algo similar digo yo. Si no sirviera la sospecha y la acción social a través de la sociedad para modificar, *in casu*, la economía y la empresa, quedémonos, siquiera provisionalmente, con lo mejor de la primera postura. Pero, eso sí, para que sea un momento de descanso, no de resignación.

---

*población posee el ochenta por ciento de los recursos o que, mientras que más de mil millones de personas son indigentes, podríamos dar de comer, con lo que en conjunto tenemos, a tres veces más de los habitantes de este planeta. Y si se quiere, sin demagogia alguna pero hurgando en la realidad, mostrar la cara feroz de nuestro modo de repartir las riquezas no habría que olvidar que cada diez minutos un niño se queda ciego por falta de vitaminas.*